

## EL ESPECTADOR

Francisco Javier Botello López\*

**E**scuche oficial, de haber sabido que el arma estaba cargada, de pendejo disparo. Todas las noches represento la misma escena y sólo suena el disparo, siempre una salva. Hasta hoy, que está ese cuerpo tirado ahí, le aseguro que . . .

Salió por la puerta de atrás de la tienda y vio el callejón, el mismo de siempre, el que tenía que recorrer a diario; salitroso, seco, estrecho.

Vio el reloj, tenía unas dos horas antes de llegar a casa, antes de sentirse como el bello al lado de la bestia; su esposa. Cuántas ganas de encajarle los dedos en el cuello y apretar hasta que su cara se amoratara como betabel. No lo hacía, quizá por falta de agallas, tal vez por precaución.

Tendría que idear una forma de matarla, una en la cual no corriera peligro, que no se sospechara. Disponía de dos horas para pensarlo con tranquilidad, ¿en la cantina de la esquina? No, ahí no, llegaría a casa con olor a cerveza y lo molerían, se volvió buscando un sitio cercano, pero lo único que vio fue el teatro.

Después de pensarlo se dirigió a éste. No era el lugar ideal para proyectar la muerte de su mujer. Pero era mejor que estar en la calle arriesgándose a encontrarla, transformada en mimo, recubierta de maquillaje, cabello con textura artificial, preparada para actuar ante la gente, como si la calle fuera su escenario.

En la taquilla, la joven que le vendió el boleto, se veía fresca, sin plastas de maquillaje, con sólo

\*Facultad de Ciencias, UNAM.

una personalidad. La invitaría a salir cuando se librara de su esposa.

Entró a la sala, las luces ya estaban apagadas. Mientras caminaba en la penumbra, trató de distinguir entre las siluetas de cabeza algún lugar disponible. Así llegó hasta la primera fila, la única con lugares.

Cuando se sentó se dio cuenta de por qué estaba casi vacía esa hilera; se veía nada más de la cintura hacia arriba de los actores. No importaba, él no había ido a ver una obra, estaba ahí para pensar en cómo matar a la cucaracha que tenía como mujer; qué lindo sería poder joderla como tal: pisarla y escuchar el viscoso cracsh. No era tan fácil, tenía que pensarlo bien, quizá poniendo jabón en el balcón de su departamento, y esperar el resbalón y la caída desde el tercer piso a la calle, pero si la vieja lo descubría, el aplastado contra el pavimento sería él.

Debía ser en un lugar público, en donde ella no le pudiera hacer algo, porque eso sí, en la calle se mostraba como ángel, sin gritos casi con ternura, parecía otra, pero al llegar a casa empezaban los regaños: que por qué no le había comprado tal cosa; que por qué había visto a tal muchacha... ¡Chingado! A veces recibía hasta golpes y siempre en la cabeza.

Cuando sucedía, a pesar del dolor, reía silenciosamente; era cómico, hasta ahí llegaba la interpretación del papel de buena esposa ante la gente: chichones y moretones no se ven bajo el cabello... ¡diablos!, ¿cómo matarla? Siguió con los ojos y el pensar abiertos. La invitaría a salir y cuando pasara junto a ellos un ruta 100 la empujaría. Mañana mismo, con un pretexto cualquiera; comprarle unos zapatos, ¡sí, claro!, en la tienda ésa nueva, ella acep-

taría estaba seguro, con tal de que las brujas de sus amigas la vieran entrando al comercio y después salir con un paquete... ¡diablos! Otro problema, no podía empujarla así de fácil. Si una de sus pinches amigas veía el "accidente" estaba frito, no necesitaban ver el empujón, por la pura tentación de joder lo acusarían diciendo haberlo visto como en pantalla grande.

Alguna vez escuchó a su compañero Fernando decir que conocía personas que mataban por un millón. Un millón, la inversión valía la pena, pero era casi dos meses de su sueldo, tardaría mucho tiempo antes de poder juntarlo y no podía aguantar más. La única solución era hacerlo él. Un macanazo en la cabeza, ¡o aún mejor!, de la misma forma en que ella se libraba de los gatos de las vecinas: con vidrio molido en la comida. ¡Sí! ¡La cabrona se retorcería de lo lindo! mmhh pero en la autopsia saldría... ¡cuernos!, otra vez la maldita policía era el problema. No tenía ganas de pasar sus primeros años de libertad en la cárcel, tenía que... en ese momento saltó de su asiento. Los sonidos de su corazón latían en sus oídos. Las gotas saladas y transparentes corrieron por su rostro hasta llegar al cuello y perderse en su camisa. Había escuchado un plomazo, estaba seguro. Fijó su vista hacia adelante, el actor todavía sostenía la pistola apuntándole a él, por inercia se tocó el pecho, el estómago; estaba completo, por lo menos no sentía ningún agujero.

Los espectadores se pararon y aplaudieron, era la última escena de la obra: en ésta, el actor disparó una salva hacia el público. ¡Ya está!, ¡lo tengo!, pensó, y se paró para salir apuradamente del teatro.

Preguntó en la ventanilla hasta cuándo se exhibía esa misma obra, le señalaron un letrero en la puerta "Viernes última función". No era mucho tiempo pero sí suficiente, era martes.

Miró el reloj, era hora de irse a su casa, pero ya no le pesaba tanto como hacía dos horas.

Al otro día entró al teatro, se sentó en la tercera fila y esperó a ver el final. Cuando llegó el momento del disparo puso toda su atención; se fijó en el arma y hacia donde apuntaba, sonó el trueno, poco después las luces del escenario se apagaron y al igual que la demás gente él también se paró y aplaudió hasta que las manos le ardieron. Se sentía muy bien, seguro de un buen resultado; no importaba quién se sentara, el actor siempre apuntaba al mismo sitio. Salió tranquilamente del teatro, saboreando ya su victoria.

El jueves volvió a entrar al teatro, se sentó en la segunda fila. Sólo para rectificar, para estar seguro del asiento; sabía de memoria la ubicación, pero mejor anotar el número; se sentó justo atrás de éste. Ya estaba: número 10. Ahora tenía que volver a ver esa pistola.

Al llegar la hora miró el arma. Parecía verdadera, calibre 38, esto le facilitaba el plan. Comprobó por segunda vez el blanco del arma. Después, se dirigió satisfecho hacia la salida, pero sintió una ligera presión en la espalda, como si lo miraran con detenimiento, al volverse no vio a persona alguna que lo observara.

Esta vez no se dirigió directamente a su casa, pasó con Fernando. Un día había visto que él tenía un cajón repleto de balas. Sería fácil tomar una.

A la mañana siguiente antes de salir a trabajar le dijo a su mujer que estu-

viera lista para salir a las tres de la tarde, que le daría una sorpresita.

No esperó a que le contestara, cerró la puerta y se fue silbando por la calle.

A la hora de la comida se dirigió al teatro y se introdujo por la puerta trasera. Buscó la pistola: estaba botada junto con otros tantos utensilios para la obra. Se puso un par de guantes de carnaza, verificó el arma y se le dibujó un arco de satisfacción en la boca; sí era verdadera, todo estaba saliendo como si Dios le ayudara.

Tomó la pistola y abrió el cilindro, vio que estaba colocado el cartucho de salva, lo cambió por la bala y acomodó el arma tal como la había encontrado, salió del teatro y fue por su mujer.

Antes de ir a la obra fueron a la nueva tienda a escoger unos zapatos para ella. Salieron con el paquete en las manos quince minutos antes de las cinco. La actuación de su mujer en la calle era perfecta; cuando le dijo que irían al teatro, un simple y dulce "sí, mi amor" bastó para hacerlo titubear en su propósito, pero cuando se tocó en la cabeza el chichón de la semana pasada, mandó a la chingada cualquier vacilación.

Compró los boletos. Esta vez hasta le guiñó el ojo a la vendedora, ya se sentía libre, hasta podía coquetear sin temor. Entraron y sentó a su esposa en la butaca diez, no podía fallar.

Se escuchó la tercera llamada. Se apagaron las luces. Esta vez disfrutó toda la obra, era realmente buena. Entonces supo por qué la gente se paraba y aplaudía en el final.

Ahora faltaba muy poco para su verdadera liberación. Nadie sospecharía de él. Pensarían que se habían equivocado al colocar el cartucho.

Interrumpió sus pensamientos al

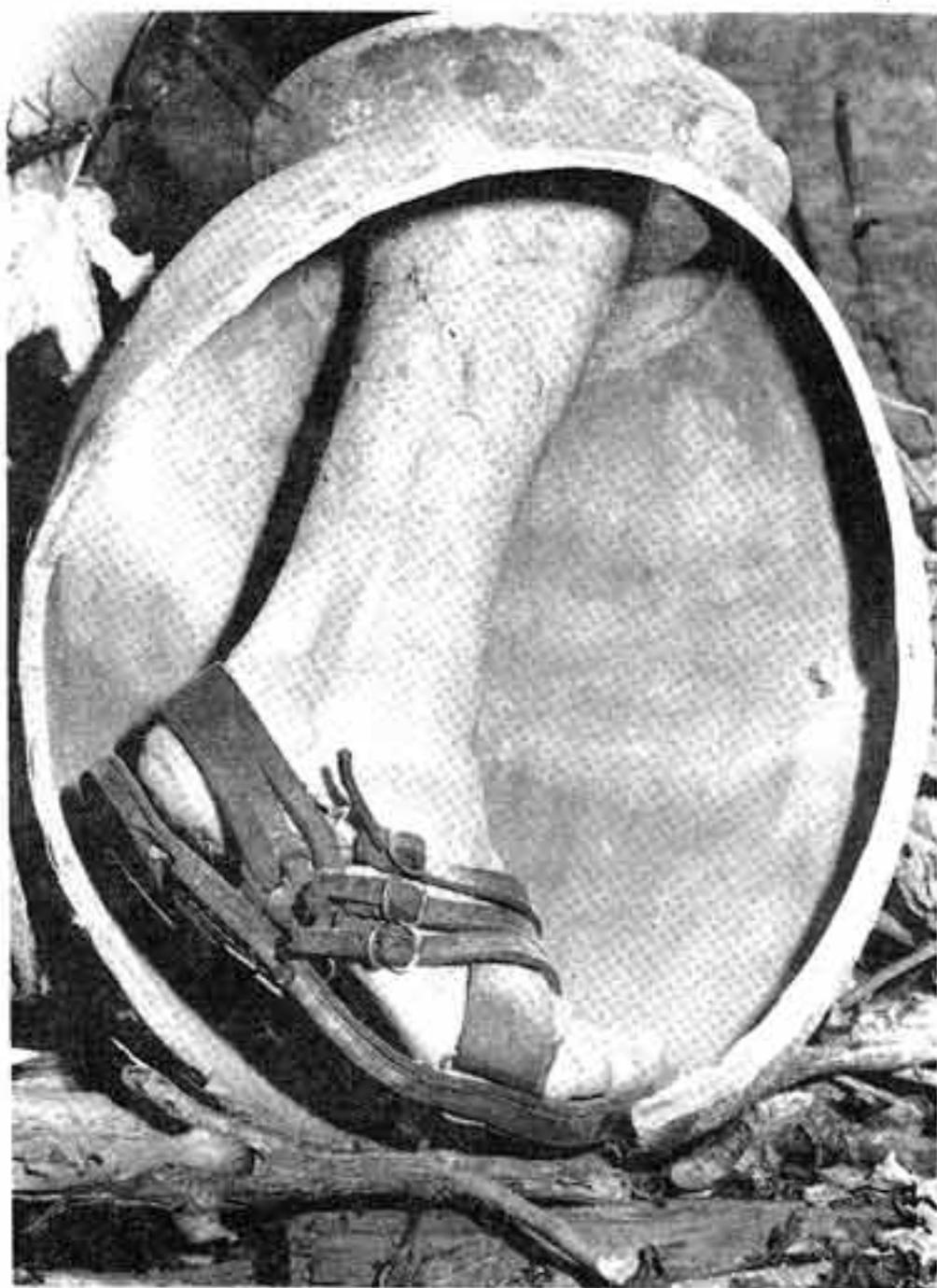
oír el último párrafo antes del disparo. Lo sabía de memoria. Era su himno a la alegría: vio cómo el protagonista alzaba la pistola y apuntaba a la butaca número diez, se volvió para ver a su mujer, quería ver cómo le saltaba la sangre del agujero que le dejara la bala. Quería ver por ese hueco su camino a la libertad.

Se escuchó el disparo y después no pudo ver cosa alguna. La última imagen: la cara hinchada y grasosa de su mujer se le desvaneció punto por punto de su mente, para dejar en su lugar una sensación de caída, como si entra-

ra en un gran abismo negro, un gran abismo de libertad.

—Entonces, si dice que siempre apuntaba a la butaca diez por qué en esta ocasión apuntó al señor de la once.

—Por simple juego oficial, como una forma de agradecerle su constante presencia; desde el martes vino a diario, lo recuerdo porque actuaba muy raro, yo pensé que le gustaba sentirse el blanco de tiro, por eso no le apunté a la mujer de la diez sino a él, fue por simple juego, yo ni cargo el arma, no tenía nada contra él, le aseguro que...



Barry Domínguez